

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 19

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

EL PORQUERIZO

(Relato eslovaco de origen impreciso atribuido a Frantisék Palacky. Versión en español de Norbert Pséncik, S. D., con J. y E. Prochazka)

*Los pasos que un hombre da,
desde el primero de sus días hasta el último,
dibujan en el tiempo una inconcebible figura.
La Inteligencia Divina intuye esa forma de inmediato,
como los hombres intuimos un triángulo.*

Jorge Luis Borges

*En las misteriosas disposiciones de la Profundidad,
¿quién es de veras Zar, quién es rey,
quién puede enorgullecerse de ser un mero sirviente?*

Léon Bloy

I

He aceptado el medallón de manos de Conrado de Mazovia, y he aceptado que se escriba mi historia en un alfabeto que no sé si recuerdo, pero no me quedaré en la corte del rey polaco: no con los Tátra tan cerca, con la memoria fresca de los manantiales de la Biala. Conrado pretende honrarme, hacerme su consejero; pero mis años son demasiados y la muerte de un caballero no enmendará el error que el rey ha cometido.

Mañana remontaré el Odra por última vez hasta su origen. Habré completado mi círculo y, antes que el Zodíaco complete el suyo, los que queden a cargo de mi piara rezarán el Halotti Bészéd sobre mi tumba. Pero un año me basta. Ya he vivido suficiente.

El medallón es de bronce y excede la palma de mi mano. No es raro que Conrado, en su atolondrada gratitud, honre mi insignificante nombre con un retrato ecuestre de mi enemigo. Ni siquiera fui yo quien lo mató. Poco quedó del

cadáver, pero nadie de las casas de Arpád o Przemyslid podrá haber dejado de reconocer —es decir, de odiar— la cota y las armas del caballero Rudolf von Wiese, preste de la Cristiana Orden Teutónica, sobre la que escupo, como antes lo he hecho sobre los huesos destrozados de Rudolf.

El nombre de mis padres fue Procházka. Si tuve algún otro cuando pequeño no lo recuerdo. Nací en la Biala, en el último año de reinado de Kalmán el Bibliófilo, de la Casa Arpád. En la vecina Bohemia reinaba el infame Híndrik Przemyslid, quien decía descender del mismísimo Wenceslao. (He vivido cien años ignorando estas cosas: permitan que un anciano desordene lo que está escrito, con lo que sabe.)

De niño cuidé las ovejas y los cerdos de los Procházka cruzando, todos los días, de una a otra vertiente de los Tátra. De mi madre aprendí la lengua bohemía y el magiar de mi abuelo, que insistía en que adorara con él a la Blanca Dama de las montañas y mataba a los misioneros enviados por el duque Boleslao. En una boda me arrojaron al futuro lecho nupcial entre los novios, que así asegurarían su descendencia. Un rumor de caballos y unos gritos atroces llenaron la aldea. Entre ladridos de perros y cuerpos descabezados huí y me refugié en la erizada montaña. Pero los wiking tenían mastines y yo era solo un niño. Una mano monstruosa me arrancó de las rocas, un gigante alzó mis ropas hasta ahorcarme, un dogo se abalanzó a morder mi cara. La Blanca Señora ha de haber intervenido, porque todo cesó: fui vendado, atado y arrojado de vientre sobre un buey. Yo alcanzaba a saber que los Wiking —los Rus, como ellos me enseñaron después a llamarlos— rara vez mataban a sus prisioneros. Entonces, supongo, juzgué que sería mejor morir con mis padres que ser esclavo, pero por ese secuestro aprendí a leer las runas y conocí la más grande de las ciudades.

Nada recuerdo de ese primer viaje con los Rus. Debemos haber cruzado valle tras valle durante el otoño, hacia el oriente, para luego entrar a la helada estepa y atravesarla hasta Kyeb. En pago a una apuesta me pusieron al servicio de Hrollaf, hijo de Karni. Hrollaf era un wiking bajo y regordete: cuando fui más alto que él me dio a mi primera mujer, una sármata de Crimea. Recostada en los pastizales, aquel verano, ella me habló de cómo imaginaba a Miklagaard, la ciudad que unía el Cielo con la Tierra.

Hrollaf encabezaba un clan de comerciantes rus que bajaba todos los veranos por el Dnépr hasta el mar, poco antes de la boca del Ister, al puerto de Odessos. Desde niño me llevaron con ellos. Estibábamos cera, miel y pieles, que cambiábamos allí por aceite y vino. Los otros esclavos aseguraban que en verdad los Rus comerciaban con una ciudad divina, a la que nunca llevaban a sus siervos.

El trayecto era peligroso, porque en la estepa acechaban las tribus polovstianas y los temibles Petcheneg. (Entonces se decía que comían carne humana: ya

no estoy tan seguro.) A veces se ahogaba un rus en alguno de los siete rápidos. Cierta vez, en Aifor, la cuarta y más ardua de las cascadas, salvé de morir al imberbe Frithleif, hijo de Hrollaf; el astuto muchacho me pidió a su servicio y su padre accedió. Yo desesperé: en una incursión hacia el este, contra territorio Petcheneg, los esclavos de Hrollaf murmuraban que su amo tenía pensado llevarlos a través del mar hasta Miklagaard y a su templo, donde cabrían mil drakars. Frithleif quedaría en Odessos esperando a su padre con algunas naves... y conmigo. Hrollaf partiría al alba, cuando volviéramos al gran río. Mi furor creció con la oscuridad: yo quería ver Miklagaard, conocer sus palacios, sus tesoros y sus príncipes. Mientras Frithleif torturaba a un prisionero petcheneg descubrí que podía entender los juramentos del infeliz, apenas diferentes a los de la lengua de mi abuelo magiar. Logré hablar con el turquí: me dijo que era mejor hombre que yo y mejor hombre que el rus, pues era logoteta en la corte de Constantinopla, cosa que no entendí pero que me enfureció y llenó de envidia. A una pregunta de mi amo respondí que el prisionero me había retado a duelo. Su sorpresa al verse liberado entre risotadas y con su puñal otra vez en la mano lo demoró y pude acabarlo. Frithleif me permitió guardar el puñal. Yo, en secreto y con mis manos aún temblando de muerte, determiné hacerme algún día logoteta en la corte de Constantinopla.

Otras decisiones pesaron más sobre mí. He dicho que Frithleif era joven: en verdad teníamos parecida edad y nos habíamos criado con los mismos juguetes. Apretando el puñal petcheneg en mi mano, Frithleif me declaró hombre libre. Ahora yo era un rus, y Hrollaf me enseñaría el secreto de las runas.

Repetimos el trayecto de Kyeb hasta Odessos durante años. Mi habilidad con la lengua turquí me salvó en muchas oportunidades. Subiendo cierta vez por el río hicimos un campamento como tantos otros, y abrimos uno de los odres de vino. Hrollaf aseguró a todos que en el próximo viaje Frithleif y yo llegaríamos a Miklagaard. El gozo de saberlo despertó el recuerdo de una segunda promesa, y debo haber ocultado el rostro, pues Hrollaf demandó si acaso no era el suyo un anuncio jubiloso. Le expliqué que, en efecto, lo era, pero que lo que yo más ansiaba era conocer la corte de Constantinopla. La carcajada del rus anegó la estepa: Miklagaard era Constantinopla, la doblemente fabulosa ciudad de mis sueños, y para visitarla solo era necesario que me postrara y adorara al dios de los griegos, que era un carpintero crucificado. Mi abuelo me había prevenido contra ese carpintero: pero aunque Hrollaf había renunciado a Volos y a Perún, había ganado a Constantinopla. Frithleif me aseguró que, por Miklagaard, valdría la pena.

En la fabulosa ciudad fuimos llevados a un templo y sumergidos en agua por el Patriarca. Nos postramos frente a una enorme imagen cubierta por un velo.

De pronto, sin que nadie lo tocara, el tul se alzó y volví a ver, a través de los años, estepas, cascadas y montañas, a la Señora Blanca que me protegía en la Biala natal, y a la que casi había olvidado. Lloré, y los griegos alabaron a su dios por haber conmovido así el corazón de un varangio. No importaba su doble error: yo no podía adorar a un crucificado, pero sí adoraría a su Madre, mientras fuera también la mía.

Con el permiso de Hrollaf entré a formar parte de la Guardia Varangiana, destacamento rus que servía a la ciudad griega. Todos éramos mucho más altos que cualquier griego, y nos permitían seguir usando nuestras ropas y el cabello largo; yo era uno de los pocos que no era rubio. A mí y a mi compañero Halvdan nos tocó vigilar la galería sur del más grande de los templos, el fabuloso Hág Sophia que había cautivado a tantos hombres. Vimos riquezas que jamás creímos posibles. Recuerdo vasos preciosos, candelabros, crucifijos de oro macizo, veinticuatro atriles y un altar resplandeciente de oro, plata, perlas y diamantes..., revestimientos de ónix y nácar en el púlpito, en el trono del Patriarca Sacerdote del Imperio, los asientos recamados de los siete arciprestes, relicarios e incensarios fastuosos... En una balaustrada, Halvdan grabó sus runas; yo, que ya había aprendido el griego y lo enseñaba a los otros, pude arañar en el mármol con el filo de mi hacha el nombre que el Patriarca me había impuesto cuando no pude decirle el número de mis años: «Te llamarás como el Apóstol, ya que te gusta contar historias pero nada sabes de fechas». De este modo, sin darme cuenta, yo, Matej Procházka, porquerizo de los Tátra y después rus de Kyeб, pude llegar a ser logoteta en la corte de Constantinopla.

II

Yo había soñado con Miklagaard, pero a Constantinopla la amé con pasión durante todos los años que serví a los emperadores Comnenos. Mi conocimiento de cuatro lenguas y dos alfabetos al lado de mi facilidad para el disfraz me ganaron lugar como espía del imperio entre los Seljuk que, desde oriente y hacía dos siglos, amenazaban la ciudad. Estos turcos, primos de los Petcheneg, obedecían a Malik Shah, atabeg de un reino reseco en el cual pude introducirme lo suficiente para saber que los hijos de Malik maquinaban su muerte, y que los Seljuk en verdad solo nos hostigaban porque temían a un demonio llamado El Tártaro, venido desde el otro extremo del mundo.

Reporté que los Seljuk se aniquilarían entre sí, y que Manzikert, en cuyos pastos habían muerto veinte mil griegos, jamás se repetiría. Quizá el verdadero peligro fuera El Tártaro atroz: pero aquel al menos no se disfrazaba de amigo.

Pues nuestro enemigo principal a lo largo de esos años fue tan sutil como despiadado. Al sur de Anatolia quedaba Palestina, la tierra del Crucificado, que pertenecía a los árabes: de un modo incomprensible, franceses, venecianos y britones de pronto decían querer ganarla para todos nosotros. A su paso por Constantinopla arrasaban, quemaban y violaban, aduciendo defenderla. La Guardia Varangiana no sabía de política y les hizo frente. Muchos cayeron en las escaramuzas. Cierta vez perseguimos a Barbarroja por Anatolia hasta que él y su puñado se perdieron en el desierto; en tierras de Malik no tendrían salvación. Yo era por entonces capitán y, disfrazado de árabe, los seguí para verlos morir. En la noche áspera, bordeando un desfiladero, mi caballo perdió el piso y caí brutalmente por la ladera.

Gritos y un agudo dolor me despertaron. Un oscuro muchacho, apenas más que un niño, alejaba a pedradas a los buitres. Vestía de azafrán y se tocaba con una mitra carmesí. El hecho de que los dos ocupáramos una ínfima saliente del precipicio, a muchos codos de la cumbre y a muchos más del aplastado cadáver de mi caballo, no parecía incomodarlo y no pude imaginar cómo habría bajado él hasta mí. Mostrándome que estaba desarmado —aunque nada hubiera podido yo hacer contra el palo más burdo— trazó unos signos en mis mejillas, danzó estrechamente a mi alrededor, con una mano siempre a un palmo de mi rostro, y cuando recobré mis sentidos estaba tirado de vientre sobre un caballo que atravesaba con lentitud el rocoso desierto. El calor me hizo desvariar: otra vez me veía, niño aún, secuestrado por la horda rusa hacia lo más anónimo de la estepa.

Ni mis vestiduras ni mi dominio del turquí lograron engañarlo, me dijo, pero bastarían para entrar a la ciudad de Konya, en territorio Seljuk. Los años y el desierto habían borrado de mi clara piel la huella de su origen, y el muchacho nada pretendía averiguar. Agradeciéndole que me hubiera salvado la vida, que ahora le quedaba obligada, le pedí que no me vendiera a los Seljuk herido e indefenso como estaba. Él dijo ser Yalal Rûmi, aprendiz de derviche, y que nada debía temer de su parte. Su delgada voz me invitó a que abandonara mi vida pasada y lo acompañara a Antakya, su ciudad, que yo conocía como Theópolis. Pude haberme negado, puesto que el muchacho renunciaba a su derecho sobre mí. Pude haber robado una montura y, sin armas, lanzarme al desierto a buscar a mis varangios. Pero algo misterioso en la serena presencia de Yalal calmó mis afanes y accedí a acompañarlo.

Celebré, como miembro de la cofradía mawlawiyya de Yalal Rûmi, el año 544 de la Hégira. Dado que desconocían mi verdadero nombre, los sí'fes nunca exigieron que renegara de mi bautismo. En poco tiempo aprendí a leer y escribir el árabe, lengua superior a la griega, y juré defender la confesión del Profeta, cuyo Libro no ha de leerse sentado. Los sí'fes en general, y en particular los mawlaw-

wiyya —que danzan en círculos y se hacen morder la tetilla izquierda por sus mujeres durante el orgasmo—, tenían por burdos e ignorantes a los Seljuk e insistían sobre el estudio y la meditación. Pronto Yalal se mostró como un hombre santo, y su camino era difícil y plagado de tentaciones. Supo tempranamente que tal camino no era el mío e impulsó y asistió mis lecturas, insistiendo en que el sendero de la sabiduría sería la vía para la redención de mi alma.

Muchos libros leí en los largos años en que me hospedó Theópolis. Menos en árabe que en los originales griegos, conocí a Aristóteles y lo trabajé inclinado sobre los comentarios de Simplicio y Averroes, a quien conocí como Ibn Rûsd. Ya en la plenitud de su edad, Yalal me interesó en Plotino y en sus comentadores árabes. El tema era peliagudo: el califa Al-Mustaniyd execraba oficialmente las influencias de los neoplatónicos, y llegó a ordenar la quema pública de todos los ejemplares de las cincuenta y dos Epístolas de los Hermanos de la Pureza. No teníamos este valioso libro, inferior solo al Corán, e irritados contra la pobre miasma de piedad oficial que inspiraba al califa decidimos buscar uno y conservarlo. Supimos por un catálogo que el ejemplar más próximo aguardaba las llamas en Acre. Partimos a toda prisa, pero Alá, que lee las calamidades, quiso que llegáramos cuando los cruzados culminaban el sitio a la ciudad.

De lejos divisamos las naves del perro Ricardo, que de león tenía menos entraña que los gatos mecánicos que yo había visto en el palacio Comneno. Una turba entorpecía la puerta de Acre: una banda de cruzados a caballo nos cerró el paso, y eché de menos mi hacha. Yalal, herido de muerte, pudo aún entonar un cántico con aquel versículo del Azora decimosexto que habla de ríos de vino en el paraíso de los piadosos. Su arte no había menguado pero, mientras danzaba, tropezó y resbaló sobre su propio manantial escarlata. Al galope, un joven caballero de mirada salvaje le cortó la cabeza.

Avergonzado, huí trepando un flanco rocoso y mientras las flechas se negaban a acertarme comprendí que el circular rito de Yalal volvía a salvar mi inútil vida, que esta vez costaba la suya. Esa noche, desde el desierto, las lágrimas y el odio me impedían fijar los ojos en el pavoroso incendio de Acre.

III

Dos años anduve sin rumbo por la ancha cárcel del desierto. Primero fue la muerte de mi amigo —casi mi hijo y, sin embargo, casi mi padre— la que pareció aplastar mi espíritu, pero no tardaron en surgir otras razones. Ya un hombre maduro, sentía no obstante que los impredecibles días que me reservaba el porvenir serían tan extraños como los que me habían permitido conocer, en abiga-

rrada colección, los hechos de tres o cuatro vidas diferentes. Veía recién que una mano sobrenatural me había arrancado a la muerte en patrias distintas pero circunstancias parecidas: una peña, un desfiladero, una barranca; esa Elevada Mano no quería mi muerte. Sea que mi oculto protector fuese Alá, que ampara a los que creen, o el Crucificado, al norte de cuya tierra yo erraba, o mi Señora Blanca cuya desgastada efigie me revelara el hambre en la arruinada Baalbek, nada me impedía castigar mi cuerpo hasta la impiedad. Así pues, fue la vileza, no la santidad, la que inspiró los maltratos que, empero, templaron aún más mi viejo cuerpo.

Por dos años fui un eremita, pero afirmo que en tal plazo solo quise ser un hombre rector de su propio destino. La deshabitada llanura siria y el calor alucinante me fueron, pues, propicios; mas cierto día el peso de Algo cuya naturaleza no me era revelada me impulsó a volver a buscar la comunidad humana.

El valle se ensanchaba; desde un promontorio pude ver una abrupta ciudadela que surgía de las colinas como si fuera la propia tierra muerta que mostrara su osamenta. Muros formidables se convertían en una verdadera fortaleza por el lado oriental. Una mezquita de arcos muy amplios ocupaba, empero, un lugar poco destacado y por ello pude conocer que me encontraba frente a Harrán, la extraña ciudad de los sabeos.

Un velo descubrió un recuerdo que se remontaba cuarenta, cincuenta años atrás, a Constantinopla, a Miklagaard: cierta mujer griega que yo conocía, estéril y ya madura, había engendrado un niño de su esposo tras curarse con una piedra negra. Esta, decía la mayéutica, era una de las cien piedras del pozo de Jacob en la ciudad de los sabeos. De ellos se decía que adoraban a los planetas, a quienes sacrificaban un niño cada agosto en su templo redondo, y que eran grandes alquimistas.

Los infieles sabeos fueron amables con este ermitaño hambriento y seco. Vestían de levita y llevaban el pelo rizado. Aunque tenían por sagrados a los peces y no comían nada que proviniera de vaina, sus demás costumbres alimenticias semejaban a las del Pueblo del Libro y pude engullir después de dos años carne de animal (no sin una previa visita a la Casa de Dios, que hallé ofensivamente abandonada). Manifesté a Garrik, mi huésped y hombre principal, el deseo de conocer la biblioteca de la ciudad, si la había y si ello no ofendía a sus creencias. Asintió en silencio y me condujo, a través de una avenida, hasta un ancho edificio flanqueado por dos bustos. Uno de ellos tenía una inscripción que pude leer: era Apolonio de Tiana. El otro, explicó Garrik, era Nerón, un santo cristiano que con el griego y ciertas estatuillas de cobre protegían a la ciudad contra las serpientes del desierto, ávidas de la propia cola. Me pareció captar la insinuación de que algunas de esas sierpes andaban sobre dos pies. Atravesamos

salas, patios y galerías, hasta llegar a un rincón opresivo que albergaba a una mujer aún más vieja que yo. «Aquí —anunció Garrik antes de dejarme— hallarás toda la sabiduría que necesitas».

La bruja —sigo creyéndola una— confirmó mis más secretas sospechas. Nada diré de sus palabras: baste conocer que por su boca supe que en el futuro yo me encontraría con el más alto de los soldados, con el más astuto de los príncipes. Conrado ha sonreído al oír estas expresiones, pero su vanidad tropezará al saber que el anunciado guerrero es asimismo el más cruel de los hombres. Y que, por cierto, no es polaco, sino un enemigo: uno que tal vez (no lo permita Dios) pronto estará aquí, en Legnica. Pero estoy distraendo el orden de mi historia.

Sostuve una entrevista final con Garrik, el seabo, al borde de uno de los estanques de peces sagrados. Relató que, según su fe, cada treinta y seis mil años ocurre una nueva creación, presidida por Sin, el pagano dios de la Luna cuyo emblema es un disco de plata. A cada creación, sostuvo, Harrán es fundada de nuevo para perdición de los viajeros. No hacía diez años Ibn Jubayr, el cronista cordobés, había confundido su mente en esta comarca. Antes Marwan, el último califa Omeya, hizo de Harrán su capital y con ello el fin de su linaje. Antes aún, casi mil años atrás según refirió, el romano Juliano el Apóstata partió de Harrán a la conquista de Persia; nadie volvió a saber de él. «Muchas volutas adornan la marcha de los años —sentenció—. Harrán es la más retorcida, la más misteriosa. Tus días son un círculo, como la Creación. Acata la voz de la pitonisa de Sin: regresa a tu pergamino llano y reseco. Vuelve, para siempre, a tu propio desierto». Diciendo estas palabras, me despidió.

Al norte de Harrán se asienta lo que fue Justinópolis, ahora llamada Edessa por los árabes. Aunque solo diez días tarda una caravana en llegar desde allí a mi adoptiva Antakya, no consideré regresar, acaso por negar el camino circular que los sabeos me vaticinaban. Residí en Edessa solo algunas semanas, suficientes para enterarme, empero, de la dolorosa muerte de Averroes y de la merecida del kurdo Salah al Din, matador de teósofos, cuyas aventuras tantas desgracias trajeron a los árabes. En los soleados patios de mis anfitriones —comerciantes o gentes de Dios— supe también que en Constantinopla los Comnenos habían cedido paso a ciertos Angeli, y que éstos deshonoraban la ciudad con líos fraticidas. Debo decir que ninguna noticia tuve de lo que ocurría al oeste del Bósforo: el rey de los polacos comprenderá que problemas más cercanos ocupasen los días de estas gentes.

Cierta tarde referí a algunos huéspedes parte de mi historia, mencionando cautelosamente la desgraciada búsqueda que nos había llevado a Acre a Yalal Rûmi y a mí. Para un grupo de invitados repetí en griego la narración; a su término dos de ellos, de aspecto extranjero como yo mismo, aprovecharon unos

instantes y su dudoso dominio del griego para pedirme una audiencia privada. No me parecían espías del califa: desconocían sinceramente el árabe, como comprobé con cierta astucia, y no opuse reparos a la entrevista.

Dijeron ser monjes cristianos y que su patria era el país de Arminya, veinte días a caballo al oriente de Edessa. En la fecunda biblioteca del monasterio de Agtamar, refirieron sin más preámbulos, había un ejemplar de las cincuenta y dos *Epístolas*. Dióscoros, *katholikos* del monasterio, los había enviado a Siria en busca de un traductor; su pobre vista —explicaron— que no se medía ya con su elevado conocimiento del árabe y del griego, le impedía acometer la tarea por sí mismo. No era aquél el único tesoro de la biblioteca, «Ni esta el solitario motivo de orgullo del convento, ni este el aislado mérito del país», se explayó el más joven de los dos, permitiéndose un dilatado tricolon que hablaba de un gusto incompleto pero no falto de refinamiento. (Después tuve oportunidad de percibir parecida ampulosidad en todos los monjes de Agtamar; Dióscoros mismo era su origen y mejor ejemplo, gracias, quizá, a su prolongada exposición a autores latinos.)

Se adivinará que los acompañé a Arminya, aunque en rigor no accedí a su petición. Mi vanidad me permitía considerarme a lo más un buen espía, pero nunca un dragomán; dependía demasiado de los maestros para la lectura. Sin embargo el libro me atraía como a un niño el dulce, y me sedujo la oportunidad de leerlo al lado de los célebres escribas de Arminya, cuya reconocida sapiencia, aunque amenazada por los Seljuk, aún lograba desbordar la estrechez de sus valles.

IV

Estrechos eran, en verdad; tan pronto como abandonamos el curso del Tigris y remontamos el del torrentoso Botan, fuimos hostilizados por kurdos azuzados por los seljuk contra toda forma de vida pacífica. Mis guías y yo mismo éramos tenidos por teósofos y, por lo tanto, malditos de Salah-al-Din al-Ayyubi, por quien en este país aún se llevaba luto. Denosté al kurdo que llegó a sultán de Egipto; mis piadosos compañeros recordaron que, si bien Saladino había arrebatado el Santo Sepulcro de manos cristianas y podía maldecírsele, su corte en El Cairo había sido un refugio para perseguidos sabios de toda fe, y que aquello lo redimía parcialmente. No era cosa de hombres sino de Dios, concluyeron, juzgar a las almas por sus formas mundanas. Recordaron después, con más animación, que uno de aquellos refugiados había sido Moisés ben Maimon, quien llegó a ser médico del sultán y que, al caer El Cairo bajo los cruzados, Ricardo de Inglaterra

había ofrecido al hebreo el mismo cargo en Londinum. Me perdí entre aquellas menciones a hombres y tierras desconocidos, pero me llamó la atención este notorio cuidado arminyo por las simetrías y compensaciones; vi después que se extendía a su industria, a su comercio y a toda su visión de las cosas.

Agtamar fue una continua fuente de sorpresas, empezando estas por su emplazamiento. Al anochecer, las rocas bajo un collado nos habían ofrecido algún abrigo; los monjes decían la misa poco antes del alba y yo los acompañaba con respeto. (Conocía, por supuesto, el rito: bastante me había adormecido con él cuando me apoyaba sobre mi hacha, en una Miklagaard menos distante en el espacio que en el tiempo.) A la indecisa luz de la aurora, horizontales pares de manchas luminosas parecieron extenderse apoyadas en el tenue aire de la montaña. El frío y el azoro pudieron recordarme mi infancia, pero en lugar alguno de los Táttra, me dije, las hadas se duplicarían a sí mismas con tal insistencia. De pronto entendí lo que mis ojos miraban. El monasterio, distribuido a lo largo de varias islas, reflejaba sus luces en un inmenso lago. Así los hombres creen ver la realidad de la obra divina, cuando lo que perciben es apenas una pueril imitación, o el reflejo de un reflejo.

No tengo claro cuántos años residí entre los monjes cristianos del lago Van. No fueron muchos, pero recuerdo haberlos acompañado en sus alabanzas por el advenimiento de un siglo nuevo antes de que me tocara alejarme de ellos para siempre. También fue allí donde supe, hacia el final de mi estadía, que los insensatos cruzados habían capturado Constantinopla. Aquella vez pensé en Yalal, luego en su asesino, quien —si vivía— era lo suficientemente joven como para causar aún mucho daño en las pendencias llevadas a cabo en nombre de la Cruz y que yo tan bien conocía. Una vieja furia aún se agitó en mi pecho. Conservaba todavía aquel viejo puñal petcheneg: entre mis ropas busqué su mango de hueso, su hierro primordial, y lo apreté hasta hacerme daño. Pronto, claro, me calmé; mal hierve la sangre en peroles viejos.

Fue el propio Dióscoros quien me introdujo a la vida en el monasterio de Agtamar. Para regocijo de los monjes, a mi arribo repitió con exactitud mis palabras (pero en griego) cuando me pronuncié admirado de su sabiduría y longeva salud. Así que a un tiempo traducía y saludaba. Rápidamente nos caímos en gracia, viejos pero aún resistentes ambos. Caminando del brazo, dimos en dar largos paseos por los cómodos edificios de la ciudadela, pues eso era Agtamar, una isla de bondad y tolerancia engastada en un país testigo de mil disputas. En cierta ocasión insistió en ofrecerme una muestra de los tesoros textiles y de orfebrería que renombraban a Arminya, algunos de los cuales servían, mencionó con resignación, para el pago de tributos a los Seljuk.

Sirviéndonos de una barca, acudimos a un palacete en la más boreal de las islas. La arquitectura de los edificios era muy fina, comparable a la de Constantinopla; Dióscoros se ufanaba mostrándome la variedad de candelabros y sedas conservados en uno u otro salón. Guardó para el final, por cierto, la pieza reina, enclavada en el centro de una sólida habitación octogonal, por cuyas ocho ventanas de medio punto se divisaba las montañas más allá del plácido lago. Se trataba de un extraordinario reloj de arena. Debo describir este objeto, el más precioso que jamás haya visto. Su doble globo de cristal, dividido por una angosta cintura, alzaba dos palmos sobre la mesa, y cada globo excedía un palmo de diámetro. El superior se coronaba con un grueso anillo de oro del que sobresalían ocho diminutas parejas de tritones y sapos, emblemas de la longevidad. En lo más alto, aprisionando el cristal, engastado de perlas y coronado por una cenital creciente de plata, un casquete áureo representaba el cielo estrellado, luciendo en su perímetro la inscripción CATARACTAE CAELI APERTAE SUNT, que —explicó Dióscoros— era latín, lengua que desconozco. Ello parecía menguar la utilidad del aparato, puesto que no podría leerse invertido. De hecho, cuatro cortas patas, curvadas hacia afuera, surgían de un segundo anillo dorado que engarzaba el globo inferior y servía de inequívoca base al armónico conjunto. Anómala, empero, era la finísima varilla vertical que sustentaba, justo bajo la incesante cascada de arena, una barca en miniatura, también de oro.

Mi guía explicó con orgullo que este exquisito reloj representaba el Diluvio Universal, según lo enseñaba el Génesis. Al completarse el ciclo, la barquichuela había de quedar precisamente en la cima del cono de arena, que en ese momento sería —dijo— el Ararat. Se invertía al aparato por las noches, pues la representación tomaba las horas del día, según lo recomendado por Aristóteles.

Yo repliqué que en el Azora undécimo, versículo cuadragésimo sexto del Corán se aprende que, tras anegar al mundo, cupo a Alá varar el arca en el monte Chudí, en el Mosul. Dióscoros, no sin admitir la suma razón del Profeta, me invitó a situarme de modo tal que el reloj ocupaba el espacio entre la ventana noreste y mis ojos, y me pidió ver, replicado en el creciente montón de arena, el distante cono erguido del verdadero Ararat, llamado (enseñó) Chudí por los que creen, y en cuyos flancos boscosos prospera el carmesí, gusano del que se extrae un vigoroso tinte. Afirmó con sabiduría que es uso entre diferentes pueblos narrar con diversos nombres la misma historia, y llamar a montes y ríos y ciudades de modo disímil. Convine en ello, y le referí, no sin una sonrisa en mi corazón, que los bárbaros del norte llamaban Miklagaard a Constantinopla. Tal vez por cortesía mi reciente amigo logró mostrarse sorprendido, y juntos alabamos la maravilla y variedad de la obra del Creador, que es Uno.

El aparato reservaba aún mayores prodigios. Los tritones, que yo había creído fijos, en verdad pivotaban a la menor vibración sobre delicadísimos ejes, soltando unas esferillas que el sapo aparejado recibía en la boca abierta. Dióscoros mostró con entusiasmo que las efigies se distribuían de tal modo que señalaban la dirección de cada uno de los aislados valles de Arminya. Al sobrevenir un temblor, frecuente en esta comarca, bastaba a los monjes mirar qué sapo tenía una esfera en la boca para conocer la dirección de la que provenía el castigo y atender de inmediato las necesidades de los cuerpos y de las almas del valle más golpeado. Admirado, me pregunté en voz alta si correspondía a la ciencia del hombre retar así los designios del Cielo. Dióscoros repuso que en un tratado reciente que sus monjes en ese momento traducían, el hebreo Maimónides declaraba que aun cuando las ciencias pudieran descubrir el propósito de cada cosa de las que ocurren en el Mundo, nunca podrían conocer el propósito de este; y que, análogamente, aliviar los efectos del castigo divino no suponía, al entender del cristiano, negar su justicia. «*Allah a'lam* —agregó en la lengua del Profeta—: Dios lo sabe». Apaciguado con la docta lección del católico, tomé por una hipérbole su excesiva frase final: «Este reloj no mide el ciclo del Tiempo. Se atreve al de la Eternidad».

Leí pues, en excelente compañía, el libro que tan largamente había yo buscado. Agtamar conservaba una edición samánida de las *Epístolas*, hecha en el mejor papel; Dióscoros, a quien yo servía de ojos, enriquecía nuestras lecturas con inigualables comentarios. A propósito de nuestro ejemplar recordaba, por ejemplo, el episodio del río Talas, en el Muyún, donde los árabes obtuvieron de un traidor chino el secreto de la fabricación del papel durante los instantes previos a una despiadada batalla. «Así provee Dios a los hombres de instrumentos para la santidad o el pecado, en circunstancias pecaminosas o santas», afirmaba, siempre ganoso de simetrías. (Como ocurre esta noche, un escribiente procuraba recoger para la memoria el afán de aquellas veladas; justificaba su tarea la riqueza del tema, muy distinta al ínfimo valor de mi discurso.)

Pecaré contra la merced divina —que me permitió leer las *Epístolas*— al no referirlas a tan doctos señores. Pero demasiadas cosas habían pasado durante mi retiro, y algunas son causa más próxima de mi presencia en esta sala. Los Seljuk acabaron cayendo ante sus antiguos vasallos, los persas de Khiva. De entre estos últimos un nuevo sultán, el Khiví Muhammad Qubt ad Din Shah, hacía esfuerzos para reunificar a los árabes bajo una luz común tras las serias fracturas que había dejado su predecesor. Mal aconsejado, juzgó increíblemente que yo, un anciano bárbaro, sería el hombre adecuado para pastorear de vuelta a la ortodoxia a los Duodecimanos. Estos formaban una escuela que vanamente esperaba al duodécimo califa Omeya en Astrakán, donde el Volga se anonada ante el

Caspio. Muhammad envió por mí a ricos emisarios, que urgieron mi presencia en la ciudad santa de Qom, el despacho invernal del sultán. Interpuse excusas y protestas, pero una vez más me dejé sobornar. La biblioteca de Astrakán estaría a mi cargo.

Dióscoros, debilitado por una enfermedad pulmonar, me despidió desde el que sería su lecho de muerte. El mío, empero, no parecía acercarse: me sentía juvenil, pero también previsto por el insondable Cálamo. Nunca fui arminyo, como sí fui rus y derviche. No sentí dolor al saber que partía. Una última fraternal conversación con Dióscoros —en la que me llamó, inexplicablemente, *Mateo*— y la emoción de dejar Agtamar envuelta en la misma niebla auroral en que la descubrí fueron los signos que acompañaron mi obligado viaje a Tabriz, en los confines de Azerbaiyán, ciudad de donde iniciaríamos la larga subida a Qom.

Apenas salimos de Azerbaiyán, empero, una polvorienta hueste de jinetes proveniente de Persia nos informó que Muhammad y su séquito abandonaban Qom a toda prisa hacia el norte, y que era voluntad del sultán honrar con su despacho provisorio la diminuta Sari, al extremo meridional del Caspio. Mi escolta, visiblemente compuesta por hombres de valía, parecía sin embargo hallarse a un paso de un pánico secreto. Con muy poco orden nos adentramos por los secos valles de Qezel Owzan y Shahrud, hundidos entre los montes del Tabriztán, y tras variados tropiezos arribamos a Sari. Jamás me había maltratado tanto una silla árabe, y me fue difícil hacer conjeturas sobre la causa de este insólito desvío.

Pasaron varios días antes de que el atareado sultán nos introdujera en su atención, pero en el enardecido caos del mercado de Sari pude enterarme de la razón de tanto estrépito, y otra vez mis recuerdos se agitaron hacia Constantinopla. Según se gritaba en las callejas, Transoxania, y pronto Persia, caían bajo el dominio de un demonio venido desde el otro extremo del mundo. Pero no era El Tártaro. Su nombre —esta vez sí logré averiguarlo— era Temünjin. Algunos años pasarían hasta que quienes lo conocimos aprendiéramos que era mejor llamar a este hombre por su sencillo título: Gengis Khan, Señor del Mundo.

V

La exégesis alegórica, escribió Ibn Rûsd, acude en ayuda del filósofo confundido por la letra de la Ley. El vulgo está atado a esta: pero *al-jassa*, el sabio, debe ser capaz de ir más allá de la letra. Ha de buscar la verdad escondida en los símbolos, puesto que si las especies de nuestro mundo no son sino las sombras de las

especies del mundo de las esferas (sus Prototipos Eternos) aquel mundo circular y perfecto es la Eterna Causa y esta creación, el Efecto Eterno. Así creí aprenderlo de los libros del docto cordobés. Ojalá hubiera sido así; pero sé que fue el Khan quien en verdad me lo enseñó. Su crueldad lo aproximaba a la inexistencia (en Merv, o en Nishapur, tras matar a un millón de hombres mandó que se pudiera arar sobre las ruinas de la ciudad, y luego que murieran también todos los perros y los gatos) pero el mismo Plotino, en la sexta Enéada, enseña que la proximidad de lo Inferior muestra por oposición el camino a lo Superior.

El lustro siguiente albergó la más confusa de las épocas que me haya tocado vivir. Encabezando el ejército más numeroso desde que Dios formara del fuego a los ángeles y demonios, el sultán atacaba en Transoxania, se replegaba en el Registán, huía del Muyún y se reagrupaba al norte del Caspio. El demonio que se le enfrentaba no disponía de tantos hombres pero, en compensación, compartía la ubicuidad del Malo. Algunos cientos de miles de mongoles —tal es el nombre de este pueblo asombroso— colmaban la estepa con un ilimitado manto de bestezuelas ridículas, cuya monta alternaban sin cesar. Cuatro feos caballitos por hombre, a galope tendido durante días, resultaban en la fuerza guerrera más móvil que haya existido jamás; el paso de este ejército atronaba la Creación.

En dos oportunidades más me entrevisté con el sultán. La primera fue en Bakú, a donde nos llevó la rica nave que tomó toda la corte en Sari presionada por la presencia de una avanzada mongol en el Korasán. Se hablaba entonces de una retirada estratégica, y de cómo la nobleza y porte del mustango de pura sangre pronto se impondría a aquella caballería de juguete. Partí de Bakú hacia Astrakán en una barca más modesta, con la altanería de los varones persas pesando en mi espíritu. Tocamos antes una achatada isla próxima al confín oriental del mar: el vulgo afirmaba que estaba poblada de *yinn*, genios, y parte de mi misión era demostrar lo contrario. Lo que hallé fue un grupo de infieles jázaros en estado casi animal. Vivían del saqueo de las embarcaciones que encallaban en los bajíos y su único temor, como el de todo ser viviente de la región en aquellos años, era El Mongol. En mi lejana juventud los jázaros habían sido un pueblo grande y valeroso, que dominaba el bajo Volga y era enemigo digno de mis rus; las tribus polovstianas y los Petcheneg se les emparentaban por su sangre y por su sed de sangre. A través de este puñado de infelices supe, en una dificultosa conversación, que —tras las incursiones del Señor del Mundo— del gran pueblo jázaro apenas quedaba ya nada.

He mencionado esta inconspicua isla porque un par de veranos después sostuve en ella mi tercera y última entrevista con el Khiví Muhammad. El *shah* que me encargó la biblioteca de Astrakán —en cuyos libros me refugié del huracán mongol mientras fue ello posible— era un hombre vigoroso: el Muhammad que

Gengis Khan acorraló en la isla de los *yinn* avanzaba irreversiblemente sobre el hilo de ceniza que une este mundo con el de los muertos. Había intentado congraciarse con el Khan enviándole una embajada. Imprudente y tardía decisión, puesto que él mismo había mandado decapitar a varios comerciantes árabes al servicio del Mongol hacía algunos años, por una supuesta traición. El hecho de que el desproporcionado número de embajadores enviados a la muerte esta vez fuera de casi medio millar no es lo que hace terrible esta historia. La enorme, la atroz impiedad de Muhammad fue la de enviar cuatrocientos cincuenta niños, elegidos de entre las mejores familias persas. Sus cabezas fueron enviadas de vuelta.

El propio hijo del sultán, Yalal Mangubirti, joven general de los ejércitos meridionales, a duras penas salvó de ahogarse cruzando a nado el Indo; jamás volvimos a saber de él. Al conocer de su presencia cerca a Astrakán, acudí en una clandestina barca a asistir a Muhammad quien, agotado, enfermo y sin esperanza alguna, murió de congoja escupiendo sangre negra en una pobre tienda erigida a toda prisa en un médano del mar Caspio. Nada salvaría su alma, y ya su corazón estaba roto en dos partes.

La desesperación se extendió entre los árabes; pude ver cómo la certeza de la derrota a manos de aquella fuerza irresistible venida de Oriente destruía su espíritu y, en ocasiones, su fe. Gengis no pedía conversiones: exigía sumisión. Un creyente podía seguir leyendo el Corán sostenido a la altura de su corazón, pero ya no conocería otro señor que el Khan. Muchos no lo toleraron, y se entregaron al pecado del propio asesinato, la manera más dudosa de liberarse del peor de los enemigos. En cuanto a mí, obtuve provecho de mi abreviada estancia en la más septentrional de las ciudades del Islam: entre otras cosas, fue en aquella biblioteca donde obtuve pruebas de que Itil, la antigua capital de los jázaros —no lejos de allí— había albergado a caravanas de comerciantes daneses en viaje al sur. Hay, creo, más cosas en el cielo y en la tierra que las que pueden haber emanado del Uno: son repetición inútil y a la vez infinita variedad. Yo no era, en efecto, el primer varangio en adentrarse entre los árabes: aprendí cómo, en el siglo segundo de la Hégira, Fresleven, Amloth y otros improbables wiking a bordo de dromedarios habían llegado a la circular Bagdad, a la maravillosa ciudad de Scherezhade y del legendario Harún al-Raschid.

VI

El profundo Sur, corazón del Islam, y el Oriente interminable pertenecían a los mongoles; los Seljuk habían desaparecido, como el imprudente espía Matej

Procházka impensadamente anunciara a sus superiores en una muy lejana noche en Miklagaard. Quedaba entonces, y queda aún, el Poniente cristiano y el agreste Septentrión que la taiga y la tundra disputan. Con un grupo de jázaros conversos a la fe judía opté por este último. Mi edad recomendaba esperar al Khan en la tranquilidad de mi patio, pero —otra vez por algún impulso oculto— ante la antigua parsimonia del estudioso la aún más vieja costumbre marinera del rus se impuso. Partimos Volga arriba al fin de los deshielos de primavera. Mis ojos físicos apenas ayudaban a mi memoria a contemplar a las atemorizadas muchachas de los pueblos de las orillas, todas parecidas a aquella niña sármata de mi adolescencia, todas idénticos, engañosos simulacros del eterno verano de la vida. Recuerdo largas horas en la proa, mientras músculos jóvenes y un viento antiguo llevaban la barca más y más hacia el olvido. Poco, pues, creía entonces que me reservaba el agostado porvenir, acaso una predecible muerte en alguno de los meandros. Facilitaba esta convicción el rumor de que los borrosos demonios se hallaban no detrás, sino delante de nosotros.

Subir por aquel río era como remontarse a la más temprana era del mundo, cuando la vida se pudría sobre la innominada tierra y los infinitos pastos la regentaban. Día tras día la emprendíamos contra una corriente vacía, un silencio grande, una llanura sin límite; ninguna alegría acompañaba el brillo de aquel sol gris. El paisaje de la taiga, el pesado aire, todo parecía alentar un profundo mal que acechara desde el más oscuro fondo del propio corazón.

La geografía de la Escitia siempre fue sospechosa; hasta los mismos jázaros dudaban. Sabido es que el Volga no es siempre fiel a su cauce: para guiarme recurrí a viejos rincones de mi memoria. Cuando en un atardecer, con el sol al frente, se estrecharon las márgenes y cesaron los meandros, supe que entrábamos al antiguo canal que une a este río con el curso bajo del Don: uno de los circuncisos me señaló una grande y ruinoso torre de ladrillos, y recordé. En Constantinopla, a este antiguo capitán de la guardia se le había enseñado que hacía demasiados años el emperador Teófilo mandó a Jazaria a su general, Petronio Camatiro, a levantar una fortaleza en el punto en el que el Volga y el Don fluyen casi juntos. Sarkel se llamó esta edificación tan antigua como estéril: se decía que la dotación de trescientos griegos sirvió para engordar a los Petcheneg, quienes con horrible prudencia los hicieron durar dos inviernos.

En la desolada ribera aullaba una voz juvenil. Repechamos la margen y, desde ella, un muchacho chapoteó hasta alcanzar la barca. Pedí que lo recogieran. Su aspecto era cómico y pudo recordarme al de un arlequín: retazos de cien fibras distintas entrelazadas en terrible desorden hacían su indumentaria (*centón* llaman los griegos a estas feas combinaciones de hilo y harapos). Su rostro claro e imberbe carecía de rasgos propios; pequeños ojos azules y una sonrisa que iba y

venía con el viento se unían para evidenciar una mente muy simple. Era, nos dijo, Igor hijo de Melkhi, rus de Nowgorod, y narró su historia, que era increíble y que no me compete contar aquí. Solo diré que lo mantenía vivo la dudosa virtud de su escasa edad. Si la pura irresponsabilidad y la levedad de espíritu habían regido alguna vez a ser alguno, era a este muchacho parchado. Su charla fue para nosotros una inagotable fuente de confusión, ya que al principio la tomamos por noticia útil. Pronto los jázaros dieron en llamarlo Moisés e intentaron convertirlo a su credo. Por mi parte, con detestable vanidad, les disputé la fe del necio muchacho, a quien convencí finalmente de aunarse al culto de la última y definitiva de las Revelaciones.

Entre demasiadas otras cosas, nos dijo que la horda había cruzado el curso alto del Volga y atravesaba los bosques con la velocidad de un incendio; nadie sabía con exactitud dónde estaba. Se luchaba en Ryazan, farfulló; mis guías ubicaron esa comarca al norte de allí, cerca al nacimiento del Don. Asustados por la posibilidad de caer en el fuego por huir de la sartén, decidimos salir del río.

Quemamos la barca en un punto en el que el Don viene más del norte que del poniente; no la vendimos para no dejar rastro de nuestro paso. Los jázaros accedieron a dirigirse conmigo a mi vieja, viejísima Kyeb, donde yo supuse que se me dejaría morir en paz. Igor dijo mucho y en nada ayudó, y lo llevamos con nosotros. A poco de empezar la jornada surgieron a nuestra izquierda unas colinas: las supimos el camino a Ukrania, las supimos infestadas de salteadores empujados por la avalancha mongol. Una semana o menos duramos sobre los caballos en nuestro escape hacia occidente. Nos desvió un incidente que, perdido en el torbellino de aquella fuga, entonces no supe entender, pero hoy que repito este relato puedo creer que se trata de uno de los hechos que podrán justificarme ante Dios.

Los jázaros habían atrapado a un salteador, un rezagado de una banda a la que con trabajos logramos poner en fuga. Aquella noche se discutió la forma en que debía morir. Unos decían que debía ser entregado a los mongoles, otros, que nos sería más útil como rehén hasta que atravesáramos las colinas. Sus ropas lo denunciaban como petcheneg; todos recordaban que en aquella tribu los niños pasaban de sorber el pecho materno a hincar los dientes en carne humana. Yo volví a ver a aquel distante logoteta a quien había matado, recordé a Frithleif aproximando un tizón ardiente al oscuro rostro del turquí. Me acerqué hasta el rincón donde lo habían arrojado, atado de pies y manos, al lado del desangrado cadáver de otro salteador. Sobre mi cabeza pasé la sutil cadena que suspendía al puñal, el mismo puñal que Frithleif había oprimido en mi mano en un atardecer cristalino. La herrumbre se había apoderado de la hoja, el hueso estaba amarillo del lado que había reposado contra mi pecho durante ochenta años. El infeliz

me miró sin decir palabra; luego sus ojos descendieron al acero. Era un muchacho, era el mismo muchacho que yo acosé y corté en un campamento en las colinas de la margen izquierda del Borísthenes. De pronto entendí que no estábamos lejos de aquel lugar, que otra vez una voluta de mi vida se plegaba sobre sí misma. Me impedí pensar; de un tajo liberé sus muñecas, murmuré algo en su lengua. Me contestó y dejé la daga en sus manos. La miró, la sopesó como si hubiese sido suya desde siempre. No quise saber más. Dándole la espalda, lo dejé huir al matorral y al infierno de su propio círculo.

Creo que fue a la mañana siguiente cuando un nuevo encuentro empobreció aún más los ánimos de mis compañeros, ya a punto de creerme traidor. Desde lo alto vimos cómo un considerable gentío, del todo fuera de lugar en las colinas, era perseguido y alcanzado por una pequeña tropa abundante en caballitos. Los asediados no se defendían gran cosa: pronto se me dijo que en la muchedumbre no había varones. Arroyo abajo, flechados, descubrimos dos cadáveres aún abrazados: una mujer y una niña. Inquirí por sus vestiduras: mudos, acostumbrados a mil escenas iguales entre los suyos, los jázaros me entregaron a un ensangrentado sayo rus. Comprendí que los mongoles habían tomado Kyeb, que la habían pisado e incendiado como a sus defensores, que habían apagado ese fuego escupiéndolo y orinando sobre montañas de cadáveres. Sentí que estas desgraciadas mujeres eran iguales a ciervos que, sin esperanza, huían de un fuego que ha encendido sus colas. (Yo sé que no hay adonde huir: el mundo es una cárcel; pero ¿por qué ha de ser un hombre el carcelero?)

De modo que descendimos otra vez hacia el Don, que tocamos en un punto más alto, en el que no atraviesa ya la estepa sino el incipiente bosque. Los nativos llaman Voronezh al gran río en esta comarca: allí vimos misteriosas señales en el cielo, que ninguno sintió ganas de interpretar. Nos dirigíamos, en efecto, hacia Ryazan, pero ya habíamos aprendido que el fuego mongol nada podría quemar donde ya solo había cenizas. Conseguimos dos o tres barquichuelas y proseguimos viaje río arriba, a través de aquella creciente selva. El uniforme salvajismo de la región parecía convenir al carácter mongol: árboles, árboles, millones de árboles, macizos, inmensos, que apenas permitían intuir las formas de las colinas que así habían sojuzgado. A sus pies, enfrentando tozudamente a la corriente cuando era posible, subía aún la fatal procesión de barquichuelas, como insignificantes bichos penetrando por el pórtico de un gran palacio.

En un punto en el que el río se encañona y de pronto proviene desde el sur lo dejamos, pues ya no era navegable. Deliberábamos qué hacer con los botes cuando en un instante el río se llenó de otros muchos, cada uno con un hombre y dos caballos. Los mongoles demostraban otra de sus veloces tácticas: la invasión por vía fluvial. Años atrás, yo creí un cuento aquello de cómo este ejército

no necesitaba puentes; decían que cada jinete llevaba consigo una barquita plegable. (Un desolado caballero persa me contó cómo, en el Registán, Gengis hizo una astuta variante de esta maniobra: desecó el río que entraba a la amurallada Deshu y les llevó la muerte cabalgando por el cauce vacío). Ahora veía con mis pobres ojos su enorme audacia. Ellos también nos vieron, y una parte de aquel infierno se detuvo para ocuparse de nosotros. Los jázaros se defendieron con fiereza, invocando el más antiguo nombre de Dios; pero la escuadra mongol era, como siempre, interminable. De los treinta que partimos de Astrakhán, apenas quedaron seis; Igor, que no se alejaba de mi lado, nos indicó las maneras de la rendición, que él ya conocía. Con un estremecimiento, abandonamos las armas y nos recostamos, vuelto el rostro hacia la tierra.

Comprendimos que no iban a matarnos cuando proseguimos el viaje hacia el norte y el oriente, por una confusión de colinas y valles, ahora prisioneros de aquella disciplinada horda. Contra mi consejo, los últimos judíos intentaron huir y murieron flechados. Me sentí muy pequeño y muy perdido, pero pude aparentar el suficiente valor para infundir alguna confianza al desesperado Igor. Fue así como, tras dos semanas de móvil prisión y guiada por un designio incomprensible, la patrulla mongol nos depositó en el corazón de la selva, en el sombrío campamento del Señor de las Tinieblas.

VII

Como ya había tenido tiempo de suponer y de temer, eran las órdenes del propio Gengis Khan las que nos habían mantenido con vida a mi protegido y a mí; pero todo lo que yo estaba dispuesto a dar a Temünjin era mi muerte. La pitonisa me lo había advertido: conocería al más grande general y al más grande conquistador que de mujer hubiera nacido, y le daría la espalda.

Y no se trata (como pretende el noble caballero polaco que tras de mí eleva su voz) de Juan, rey cristiano de Catai, venido para salvar a la Cristiandad de la maldición de la media luna. Diré que Polonia preferiría caer bajo el menos justo de los sultanes, o bajo el teutón más fiero, que bajo los estrepitosos ejércitos del Señor del Mundo.

He olvidado muchos detalles de aquella prisión que, sin embargo, fue breve. Arribamos de noche a lo que me pareció una ciudad arruinada: edificios y palacios se desmoronaban a nuestro paso. Recuerdo el incesante murmullo de Igor que, entre todas las cosas posibles, describía una mezquita humeante y conjeturaba, fuera de toda realidad, que esta sería la legendaria Bolgar, imposible cuna de aquellos búlgaros negros que habían defendido a Constantinopla hacía cien-

tos de años. Que esta selva boreal y alucinante alojara a un pueblo fiel a la palabra del Profeta me pareció increíble; de cualquier modo, nadie parecía quedar vivo para confirmarlo.

Dejamos las ruinas y salimos otra vez a un gran claro. Por las fogatas se adivinaba un prodigioso campamento, el más grande que yo hubiera visto y oído. Concéntricos anillos de fuego hacían presumir un centro atroz y, en efecto, hacia allí se nos condujo, a un gran cilindro achatado rodeado, empero, por escasas antorchas: la habitación del ininteligible Señor del Mundo.

No hicimos antesala pues de seguro el Khan sabía de nuestro arribo. El chato edificio se hallaba en penumbras, lo que no me ayudó a ver su figura, no digamos su rostro. Pero oí su voz. Desde Persia la variada presencia de Gengis Khan se me había antojado una panoplia de sonidos: ruidos de galope, atemorizados rumores, griteríos frenéticos. Ahora escuchaba su propia, verdadera voz, el pobre faro de su razón. (O tal vez nunca la oí: en el fondo del silencio latía un apagado murmullo, y lo que yo creía la voz del Khan parecía esperar cada vez a que aquellas frases sibilantes concluyeran. ¿Acaso me hablaba un intérprete? No pude saberlo, pues tuve que prestar atención; de cualquier modo y para siempre, Temünjin será para mí tan solo aquel eco). Fuimos obligados a arrodillarnos y a mantener las manos en el suelo.

—El gozo mayor en la vida de un hombre —gritó aquella voz refleja— es quebrantar a sus enemigos, hincarlos de hinojos delante de uno, arrebatarles cuantas cosas les pertenecieron, oír el llanto de aquellos que los amaron y llevarse en brazos a las más deseables de sus mujeres, sobre los mejores de sus caballos. ¿Qué dices a eso, venerable? —concluyó, asombrándome con la deferencia.

Quise oponer que la caridad es la seña de Dios en el hombre, pero, ¿cómo argüir con quien es del todo indiferente al sufrimiento ajeno? Si su percepción del mundo así se alineaba del lado del no ser, ¿podía en efecto yo hacer otra cosa para salvar mi alma que darle la espalda, negarlo, dirigirme a la buena luz a partir de su nefasta, inmensa oscuridad? Así que apenas asentí, y aquel ser dos veces falso volvió a hablar. Mientras lo hacía, empecé a sentir (y siento todavía) que era mejor callar. Pues a un hombre así no se le habla: tan solo se le escucha.

—Eres viejo, venerable, muy viejo —continuó aquella voz.— Y aún andas derecho y sin ayuda. ¿Quién o qué te protege? —inquirió, pues, como yo mismo, había adivinado que la salud que triunfa allí donde de continuo ronda la Muerte es una especie de poder por sí misma.

Inventé que provenía de una familia de longevos. Entonces quiso saber el origen de aquella familia; y yo acudí a la más distante de mis historias, la de mi abuelo magiar. Aquello le satisfizo y mostró una curiosidad aguda por conocer el

resto de mi historia. (La ofrecí, muy compacta: nunca lo había hecho y el relato de mi vida me pareció entonces desordenado e inconexo, como debería serlo el de todos). Cuando empecé la voz pronunció un mandato, y al concluir se me dijo que mi historia había sido duplicada por un escriba. Entonces el Khan me exigió leer ese fugaz trabajo.

Se me permitió erguirme hasta poder ver un rollo de papel; una lámpara situada entre mis ojos y el trono servía a varios fines. Miré aquellos trazos, que no me parecieron recientes: en la escritura pululaban, conjugados y odiándose, caracteres rúnicos, griegos y algunos que me parecieron hebreos. Solo me fue posible reconstruir frases aisladas, fragmentos de palabras, dislates. Así lo dije al escriba, que tradujo a una lengua que desconozco. (Hubo un gruñido apagado que no inspiró eco alguno, pero pudo hacerlo cualquiera). Un murmullo de muchas lenguas creció y se apagó en el recinto, y fuimos despedidos. Al salir, cuando se nos obligó a recular hacia la entrada, pude ver que siempre estuvimos rodeados de lo que parecía una corte de viejos consejeros. ¿Acaso querría el perverso Señor del Mundo incluir mis sofismas en su colección? Me pareció que le eran inútiles: sería él, no yo, quien mostrara la espalda. ¿Qué se quería de nosotros? Nada supe aquella noche.

Al alba, en la prisión, el escriba fue autorizado a explicarnos parte del misterio. Ciertamente, se trataba de la secreta Bolgar, cuya existencia en el mundo de los Efectos siempre disputé en los patios de Antakya. La docta ciudad había sido incendiada hacía poco; con el espíritu trabado por la leche de yegua, unos soldados exterminaron a los hombres sabios contraviniendo órdenes directas del Khan, que —explicó— acostumbraba elegir de entre los capturados los más útiles para el enriquecimiento de la Yasa, que es el libro de su ley. A raíz de la impensada matanza (y tras decapitar, él mismo, a los ochenta trasgresores y hacer arrastrar sus cadáveres hasta el Volga) había enviado patrullas a rastrear la región en busca de sabios búlgaros fugados; una de ellas nos capturó. Su urgencia era esta: los mongoles habían hallado en la ciudad un libro que ningún hombre era capaz de traducir. Sus letras eran las del confuso alfabeto que ya había visto: lo del amanuense era una farsa para ver si yo reconocía la escritura. Al hacerlo a medias había salvado la vida, o al menos había diferido mi muerte. El libro, opinaban los magos, era un libro de navegación, y contenía una exacta descripción del mundo y de sus partes. Gengis Khan lo necesitaba para conquistar lo que restaba del orbe.

¿Debí intentar un engaño para salvar mi vida y la de Igor? Hubiera tenido menos de un día para fraguar un libro inexistente basándome en bárbaros cartógrafos; opté por no hacerlo, pues era postergar lo inevitable. Opté por la verdad. Dije que aquello era un embuste, que esos papeles estaban escritos en el antiguo

alfabeto rus que Cirilo y Metodio habían sustituido, y que mal podrían los búlgaros de tierra adentro haber escrito nada sobre las artes del mar. El Khan recibió el mensaje, pero transcurrió ese día sin que nos asesinaran.

A la noche siguiente volvió a convocarnos a su palacete flexible. Su vocación por la oscuridad lo hacía temible ante Igor, pero yo empecé a cobrar valor. Esta vez el Khan parecía mejor informado acerca de nosotros y, si aquella voz no era la suya, en aquel último y brevísimo encuentro supo transmitir aún más urgencia, aún más intensidad. Ignoro por qué se esmeraba en persuadirnos con un discurso: la lanza en mi espalda poseía elocuencia suficiente.

—¡Venerable! —aulló—. No quieres o no puedes darme el libro que necesito. Pero me serás útil de otra manera. Dicen mis magos que, aunque pareces musulmán y no eres búlgaro, llevas en tu sangre la ley de los bosques. Veamos cuánto conoces y si esa sabiduría logra salvar tu vida. Mis patrullas han escuchado que muy al norte de aquí, en lo más oscuro, habita el húmedo pueblo de los hombres-sapo. Quiero conquistar a los hombres-sapo, venerable, aunque no tengan caballos, aunque no sepa qué hacer con sus horrendas mujeres de mama triple. Alguna riqueza tendrá esa gente y yo debo poseerla. Quiero el pellejo de un hombre-sapo para el suelo de mi tienda, venerable. Así que dime dónde puedo hallarlos y qué los atrae, o muere de una vez —calló, y una doble punzada nos obligó al muchacho y a mí a pegar el pecho al suelo de lana.

Yo hubiera reído si hacerlo no hubiera significado nuestra inmediata muerte. Era grotesco ver aunadas en un adulto decisión tan grande y tan pueril superstición. Me vi perdido, bien porque confesaría mi ignorancia o mi desdén sobre aquellas tonterías, o porque, derrotado por la cobardía, inventaría cuantos hombres-sapo hicieran falta para salvar mis despojos, condenando así mi alma. (Después de todo, esto era más fácil que inventar un mundo).

Entonces habló Igor, apenas achatada su verborrea por tan indigna posición. Y por segunda vez me salvó un chiquillo; este, empero, no ataviado con la recta santidad de Yalal, sino armado con el peligroso pecado de la mentira. O al menos eso creí entonces.

Tras una torpe defensa de lo que llamó mi infinita sabiduría, que no descendería a hablar de pueblo tan desdeñable, el chico dijo apuradamente que de cualquier modo era sabido que a los Vodianoi u hombres-sapo se les podía encontrar en las *uwaly* (colinas, en nuestra lengua) de Severny, muy al este de Vologda, en los confines orientales del país de los antiguos príncipes rus de Nowgorod. Para el emprendedor Khan, aquello daba por terminado el asunto: con apenas un gruñido —que era de asentimiento, y también de irrevocable mandato— el Señor del Mundo nos envió a una cacería insensata en el último confín de su reino, de la que sin duda no saldríamos vivos. No lo lamenté por

mí, pero me dolió que por intentar salvarme Igor se hubiera enviado conmigo a la muerte.

Acompañados por una escasa patrulla y medio centenar de caballitos, tardamos dos semanas o tres en llegar a aquella ondulada región cuyas aguas hinchadas y corruptas, según decía el chico, engendran minúsculos endriagos. Pero ni entonces ni después vi a vodianoi alguno. Igor llegó a jurar que alguna vez aquellos seres habían emergido de este pantano o de aquel riacho, y describía sin asomo de asco ojos sin párpados, achatadas narices, bocas descomunales, bigotes ralos, barbas verdes e inmensas barrigas. En privado yo le reprochaba el escándalo, pero los supersticiosos mongoles parecían seducidos, hasta divertidos por las barbaridades que inventaba el muchacho. Una tarde, cuando nuestros captores desesperaban de no enfrentar a monstruo alguno, un escándalo en la orilla vecina se extendió hasta nosotros. Uno de los mongoles traía, con gran alboroto, algo ensartado en la punta de su lanza. Se detuvo en el centro del campamento, dando grandes alaridos: armados, todos los demás acudieron a mirar aquello, y en un instante el campo quedó desierto. Olvidados por nuestros guardianes, Igor y yo nos acercamos a un bulto pequeño y maloliente que quedó allí: barbotando, me dijo que era una gran mano verde, con dedos unidos por membranas y acabados en largas uñas de metal.

VIII

En esa momentánea confusión pudimos escapar de la enloquecida patrulla mongol, a través del bosque, hacia un país situado aún más hacia septentrión. Los infelices habían hallado a su hombre-sapo, o algo que pasaba por serlo, y enfrentaban una faena más interesante que perseguir a un viejo inútil y a un muchacho aterrorizado. Claro que no por ello dejamos de apurarnos hasta que estuvo oscuro.

Por semanas nos hundimos hacia el norte y hacia el oeste, cazando si podíamos, royendo cortezas cuando no podíamos. Mi sangre, gestada en la sonora intimidad de las montañas, hubiera querido llamar infinita a aquella mortaja verde y pavorosamente idéntica a sí misma que se adivinaba por delante, suma y fundamento de cada árbol de los millones que se ofrecían como obstáculo a nuestro penoso avance (pero que pagaban con el vital refugio de su sombra). Mi instrucción, sin embargo, me ayudaba a entender que estábamos en ruta hacia la inconcebible tierra de los hiperbóreos, a quienes —según comentó Heródoto— incluso el pretérito y caníbal pueblo Escita había temido.

Me precio aún de mi mente racional, que solo ha de anodarse ante Dios o —Él no lo permita— ante sus Enemigos. Lo digo, lo sé, menos para justificar ante esta sala el pavor que me produjo ese bosque que para mentir a mi vigilante conciencia, que podrá tal vez creer que nada ocurrió bajo el horrible amparo de aquella selva.

He llamado sonora a mi amada montaña: lo he hecho a pesar de que una de sus virtudes fue siempre la calidad de sus silencios. A lo largo de un siglo, yo supe disfrutar de ellos en cien lugares diferentes acompañado de la sabia rudeza de mi abuelo, de la exuberancia de Frithleif y Halvdan, de la sabiduría de Yalal o Dióscoros. En la montaña, el silencio es el hermano pequeño de la luz. Aparece breve y pacíficamente cuando lo demás calla. Por el contrario, en aquel bosque hiperbóreo el silencio no significaba el vital reposo de todas las cosas sino su cóncava actitud de conspiración, de secreta amenaza. No la paz presente, sino la futura guerra era lo que trababa todo ruido en esa urbe vegetal, y nos volvía a Igor y a mí partícipes y colaboradores en la extenuante labor de callar, de enmudecer, de esperar.

Aquella muda hostilidad se acentuaba al desaparecer el sol. Más que hundirse, el astro parecía rodar y herirse y sangrar hasta morir sesgado entre distantes árboles. La mente deseaba, urgía acompañar tal acto majestuoso del corno de los vientos, del tambor de una cascada. Pero siempre era inútil. Tantas veces jugó con nuestros sentidos la horrible continuidad del silencio (nos tentaba con un simulacro de ruido, tan atroz que lo lamentábamos al punto en nuestros corazones, y ansiábamos otra vez el retorno de la nada), que cuando en verdad oímos aquella canción ninguno de los dos dio al otro señal de que algo extraño estuviera ocurriendo.

Había luna aquella noche. Cuando el creciente pareció enredarse en los negros abedules fue imposible seguir fingiendo que nada escuchábamos: cantaba una mujer, y otras le respondían. Yo jamás había escuchado algo tan ajeno a este mundo, tan repudiado por Dios, que puso las constelaciones.

—¡Son las Russalkas, los espíritus del bosque! —gritó Igor, de pronto rebasado por el supersticioso terror que había venido vaciando su mente desde la visión de aquella mano—¡debemos calmarlas o nos perderán! Debemos quitarnos las ropas y ponérnoslas lentamente y al revés. Con fango yo me pintaré senos en el pecho. ¡Un pantano! ¡Debemos hallar un pantano! —acabó su voz deformada por el pánico, y se hundió en la noche como un lobo. Las voces seguían cantando, llamando.

Bien dice El que Habló (en el Azora décimo quinto, versículo décimo octavo) que se protegerá al creyente contra los demonios, excepto a aquellos que con descuido creen o fingen creer en Dios. Igor nunca tuvo verdadera fe, y

cuando más la necesitó volvió a sus ritos paganos y lo atraparon los diablos, la nefanda descendencia de Iblis, el de la rodilla endurecida.

Como pude seguí su nocturno rastro; no fue difícil, pues no cesaba de gritar. Lo hallé desnudándose a la orilla de un pequeño lago, replicando a la impía canción que parecía provenir de la orilla distante. No pude llegar hasta él antes de que se lanzara al agua, antes de que las urgentes voces atraparan al desgraciado en su hechizo mortal. Quedé allí impotente y solo, junto al negro desorden de sus ropas, viendo morir lentamente en la orilla las últimas olitas provocadas por su agonía, hasta que el lago volvió a ser el quieto círculo azogado que era antes. De nuevo se reflejaba en él la sonrisa inmóvil de la luna, y una tenue neblina empezó a extenderse sobre el agua. En ese momento se abatió sobre mí el último de los cansancios y, arrepentido de mis pecados, ofrecí a Dios la incomprensible suma de mis miserias, decidido a morir allí.

Pero aquello no me fue permitido. Las voces de esos demonios no habían dejado de llamar, de exigir. Yo apenas distinguía una colmena de manchas blancuecinas revoloteando entre los abedules de la orilla distante. Fuera de mí por las privaciones y el miedo, vaciado de toda voluntad, razón o instinto, vi o creí ver cómo esas manchas se fundían en una sola luminosidad blanca, surcaban con violencia el lago hacia mí, y se detenían a pocos pasos de mi cuerpo caído, flotando altas sobre la niebla y sin cesar nunca de cantar. Miré y vi un cuerpo gigante, blanco, atravesado por la luna; luego la luna fue su rostro, los rayos plateados sus larguísimos cabellos, y sus partes se fueron haciendo más y más femeninas hasta que tuve delante a una diosa, o a una bellísima *yinn*, esbelta y concreta, que seguía cantando. Y vi la blanca nube de su cabellera arremolinándose en su talle desnudo. Y vi sus piernas largas y seductoras como afilados minaretes de alabastro. Y vi cómo estas empezaron a ancharse y a apartarse, a hacerse cortas, curvas y grotescas, y entre ellas a destacar el abrupto triángulo de su sexo. Y vi cómo su cintura empezó a angostarse casi hasta la nada y sus senos albinos a crecer desmesuradamente, hasta remedar la rotunda silueta de la Diosa. Y vi la burla en su boca, que era como la luna, y que me dijo una palabra en griego: «Mi cuerpo es tu cárcel». Y no quise mirar sus ojos atroces pero luego los vi, y eran grandes como huevos, y del todo blancos, horriblemente blancos.

IX

Esta noche que, a pedido de Conrado de Mazovia (cuya hospitalidad a todos honra), repito la inútil historia que en privado anoche le referí, evitaré a los nobles caballeros polacos los detalles acerca de mi milagrosa salvación a manos

de una banda de cazadores hiperbóreos, de coloridos trajes. Solo diré que estimo que fue su superstición lo que les impidió matarme. Mi terrible aspecto ha de haberles recordado el de alguno de sus demonios, pues gritaron «¡Tuulikki! ¡Tuulikki!» al verme. Ninguno me tocó.

Hacia el fin del otoño, a orillas de un vasto lago gris, los tramperos me dejaron en manos de unos comerciantes de un pueblo nórdico con quienes, supongo, acordaron por mí un precio. Yo no hablaba su difícil lengua, pero ellos sí reconocieron el escaso polaco que pude reconstruir. Así fue como, salmodiando en siete lenguas, los convencí de que era yo un sabio mago rus y que, si no me acercaban a Polonia, me ocuparía de abrumar sus vidas con mis malas artes. Huyendo del invierno atravesamos un mar gélido y arribamos a Suomi, su país, a un puerto al que llaman Helsinki. Ignoro cómo sobreviví al espantoso frío de esa estación, pese a que los piadosos cristianos del lugar —pues ahora los hay por todas partes— hospedaron a este viejo agradecido en su ancha catedral de madera. Pasé allí aquel invierno y el siguiente y un tercer invierno, todos muy crudos: y consta que no morí, aunque por cierto faltó muy poco. Siento —estas cosas llegan a sentirse, en verdad— que en algún momento bajo el rudo techo de aquella iglesia debe haberse cumplido mi siglo.

Pero sobrevino la tercera primavera, que fue cálida, y yo supe, por fin, a dónde se me convocaba. Aquella Voluntad que me había salvado en tantas oportunidades se estaba dando enormes trabajos para mantenerme con vida, pasados los cien años, mientras me devolvía al lugar de mi nacimiento. Me pareció impío insistir en estorbar su misión: en cuanto me fue posible, y tras pagar con el relato de parte de mis desventuras a un comprensivo capitán, me embarqué hacia la costa polaca en una balandra cuyo hedor a arenque aún conservo.

Fue en ese viaje cuando supe que, invitados por el hoy contrito rey, la infame hueste de la Cristiana Orden Teutónica había penetrado a la tierra polaca a imponer su extraña paz. Nadie soy para juzgar la política de la Casa de Mazovia: pero ya que el rey me ha escuchado ayer y, quizá en atención a mis años, no me ha apaleado, repetiré que aquello fue tonto.

Ruego a los caballeros que dejen de reír. Mi protector requiere del apoyo de sus nobles, y no de su burla, para librar a Polonia de esta plaga alemana que él mismo en mal momento hizo caer. Y por esto, creo, es que ha querido mostrar cómo un acabado anciano como yo ha podido dar el primer golpe, que ya termino de contar.

En Gdąnsk viví dos años, tratando de escapar a la fama de hombre sabio que tejían los jóvenes a mi alrededor. Pude borrar mi cuerpo en los barrios miserables, pero en mi espíritu, por lo demás casi apagado del todo, crecía una furia antigua e inútil. Desde Constantinopla y Acre odiaba a los caballeros teutónicos

en abstracto: el largo año que me tomó subir de Gdąnsk a Poznan y de Poznan a Wrocław, ofreciéndome a cortar unos leños, a alimentar cerdos o a vigilar unas cabras por una limosna o unos mendrugos, en mi camino a los Tátra, hizo bien poco para hacerme olvidar ese viejo furor y, más bien, lo hizo concreto. Pues más de una vez mis cenizas huesos recibieron un bastonazo, un empujón o un puntapié para los que su despreciable autor ni siquiera se molestaba en desmontar.

Sé que los niños de Wrocław han contado cómo la piara enloqueció y atacó al caballero, y cómo aquel viejo porquerizo —a quien nadie conocía— se acercó, en apariencia a asistir al señor Rudolf a incorporarse. Para entender lo que pasó después ayuda (pero no basta) saber que soy tan corto de vista, y que aquella mañana yo había ido además a trozar leña.

Pues no supe quién era el caído, apenas entendí lo que los niños gritaban. Ya de cerca reconocí en su escudo un emblema antiguo, la salamandra blanca, y en su peto la erizada cruz que en esta tierra los alemanes han hecho sinónimo de crueldad. No vi su cara, pero algo en los ademanes tremebundos de aquel belloco que luchaba contra mi piara me hizo mirar muy adentro en el pasado.

El pasado contiene casi todas las cosas que pueden llamar la atención de un viejo como yo. En este caso, el verlo tendido en el suelo con un pie atrapado en la boca del más grande e irascible de los puercos, y el oír el rudo frenesí de los cascos de su montura por encima de horribles gritos en alemán me hicieron volver al miedo, al canto de Yalal y al rugido de aquel jinete, al sulfuroso infierno de Acre. En ese momento su yelmo cayó y pude ver, muy de cerca, la salvaje mirada del hombre al que yo iba no muy dispuesto a ayudar. (Pues, como sugirió Dióscoros, aliviar los efectos del castigo divino no supone negar su justicia).

Aquella lejana vez en Acre yo era un maduro peregrino en busca de un libro, y lamenté no ser de nuevo el temido capitán de la Guardia Varangiana que había puesto en fuga a Federico Barbarroja. Por Yalal había dejado aquello, y por dejar aquello perdí al muchacho y a la más valiosa de mis vidas a manos de un caballero teutónico, el mismo que ahora caía atrapado en la curva red de mis días. Ahora, más de treinta años después, yo era solo un pobre anciano al cuidado de unos puercos; pero esta vez sí tenía conmigo un hacha, y aún podía levantarla.

Sentí por última vez ese antiguo y candente temblor que deshacía mi espalda cada vez que recordaba la ronca voz de la pitonisa de Sin. Y, como antes hiciera dos veces frente a aquellos petcheneg que los años igualaron, no pensé. Y corté.

X

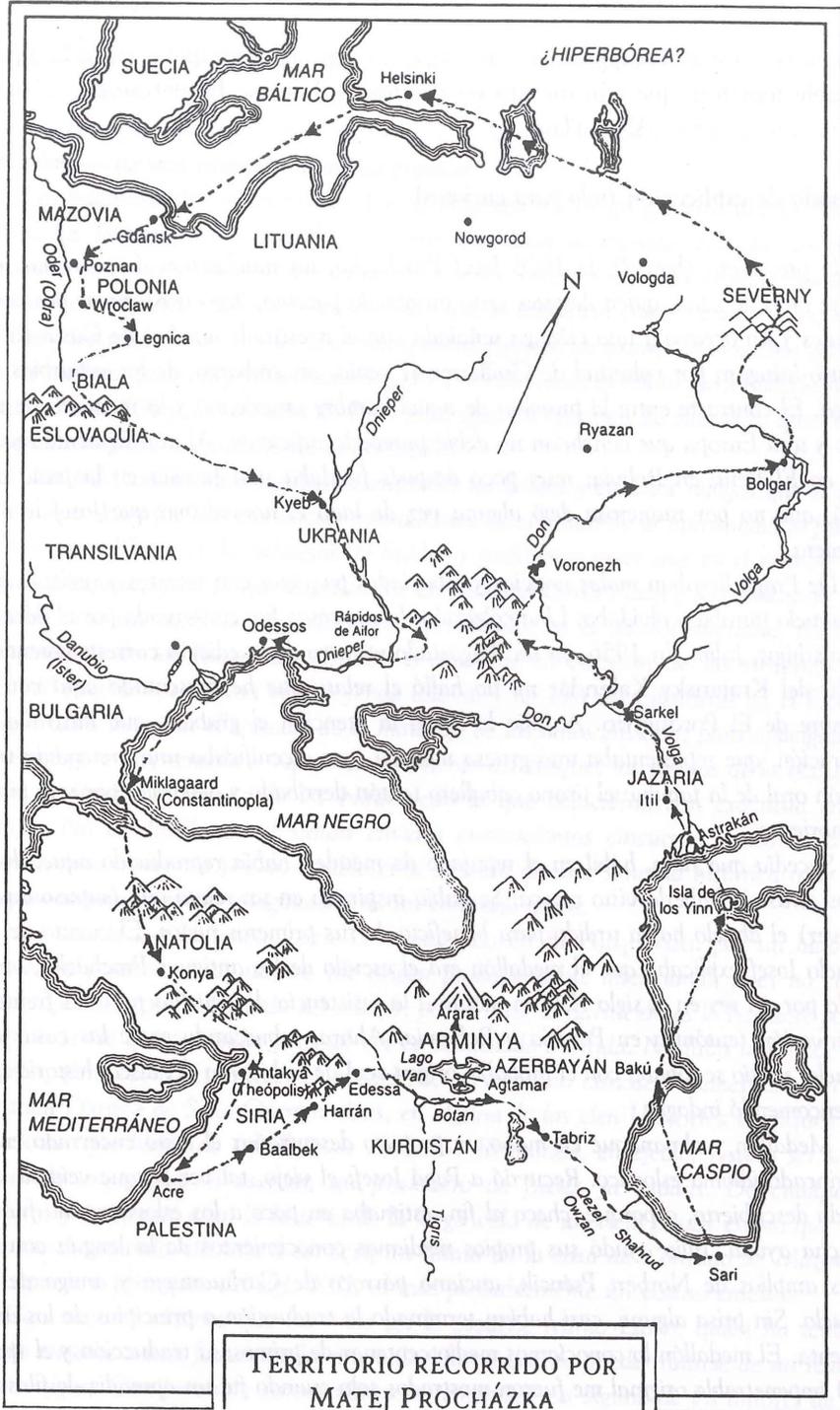
Concluiré mi relato; aseguro que me cansa a mí más de lo que los adormece a ustedes. He querido mostrar que, aunque yo tenía razones para odiar a Rudolf von Wiese, mi voluntad no habría cedido a la acción; otra es la Voluntad que me lo entregó. Y que si en efecto nos enfrentamos tras tantos años y murió con mi ayuda no hay en ello mérito ni culpa, tan solo un estéril equilibrio, quizá de algún valor pero, ¿quién puede interpretar el orden más elevado de las cosas?

Yo intenté hacerlo, es verdad. ¿Acaso me perdí en la búsqueda de una tenue simetría, cuando esta no era sino otra pérvida excrecencia de lo disperso, de lo múltiple? ¿He desviado —desvío aún— el curso de mi alma, de nuestra alma, a merced del distraído capricho de una emanación inferior? Tal vez yo soy o he sido el error de Alguien; pero no quiero creerlo y mi pecado es entonces juzgarme Causa y ser solo Efecto.

He vivido, es claro, más tiempo del que el Cielo aparta para un hombre; he vivido los hechos inadecuados y dispersos de una cascada de vidas. Yo no sé si se destinaban para mí grandes hechos; aborrezco esa posibilidad emprendedora, militar. Yo prefiero confiar en que la prudencia de mis pasos haya tomado vuelo sobre la iniquidad de la materia, sobre el extraño círculo de mis días. Pero no lo sé. Lo genuinamente inteligible se disfraza en ocasiones en lo impecablemente banal: lo sagrado puede esconderse en el caos plural del sueño, en los recuerdos de una noche o de un instante.

¿Será mi emblema el petcheneg a quien regalé la vida y el puñal, y que no es distinto de aquel otro de quien tomé la una y el otro? (Ante Dios, debo creer, esta igualdad me marca o me redime). O bien quizá mi papel ha consistido apenas en arañar con un hacha cierta balaustrada en un templo griego; o bien en la fracasada conversión de un chico necio, o quizá solo en vengar con la vida de un infeliz la muerte de un santo. De ser yo un hombre sabio, de contar con la intuición precisa, cada una de estas posibilidades me aproximaría a lo inteligible (¿se suman tales imágenes, se compensan, se restan valor una a la otra?) pero los años me cierran el camino. Me sospecho, sí, culpable de algo. «Vuelve a tu pergamino», profirió Garrik el sabeo... es posible que no se refiriera al desierto amarillento. Anoche he extendido una roída carta incompleta que, según Estrabón, es una copia del orbe. (Vano, incesante intento de los hombres el de copiar lo inteligible sobre el mundo). Con mi rueda otra vez he faltado: temo haber dibujado en el tiempo una ruda copia del símbolo de la Eternidad.

Estoy muy cansado y solo soy un viejo guardián de cerdos. La hermana Muerte ya ha vencido para siempre el temor pendular que siempre me tuvo. Nos encontraremos pronto ella y yo en un quieto manantial, y su misión —interrum-



pir la mía— estará completa. Sin embargo, no dejo de creer que a mí (a la injustificable metáfora que aún me atrevo a llamar yo) se me ha permitido, tal vez, dar un primer paso. *Allah a'lam.*

A modo de explicación (solo para curiosos)

En la primavera (boreal) de 1906 Josef Procházka, un muchachón de poco más de veinte años de edad, quien después sería mi abuelo paterno, llegó tras cruzar dos continentes y un océano a una ciénaga señalada con el irresistible nombre de Costa Rica. Austro-húngaro por voluntad de Guillermo II venía, sin embargo, de los suburbios de Praga. El contraste entre la promesa de aquel nombre americano y la memoria de un siglo y una Europa que concluían no debió parecerle suficiente. Al año siguiente buscó oro en El Beni, en Bolivia; muy poco después fundaba una familia en la puna del Perú, que no por numerosa dejó alguna vez de lado el nomadismo que Josef le imprimiera.

De Praga llegaban malas noticias y espaciados paquetes con retratos y revistas que mi abuelo miraba y olvidaba. Una colección de sus cosas fue conservada por el décimo de sus hijos, Julio. En 1956, en un desgastado número de la edición correspondiente a 1920 del *Krajansky Kalendár* mi tío halló el relato que he presentado aquí con el nombre de *El Porquerizo*. A Julio le llamó la atención el grabado que ilustraba la narración, que representaba una gruesa medalla, que escenificaba una pretendida tradición oral de la familia: el tirano caballero teutón derribado y devorado por una piara hambrienta.

Sucedía que Julio, hábil en el repujado de metales, había reproducido aquel disco años atrás sin haberlo visto nunca. Se había inspirado en un relato que (supuso aquella vez) el abuelo había urdido para beneficio de sus primeros nietos. El cuento de mi abuelo Josef explicaba que el medallón era el escudo de los antiguos Procházka, otorgado por un rey en el siglo XIII en mérito a la resistencia de aquellos pastores frente a la invasión teutónica en Polonia y Bohemia. Ahora, rebuscando entre las cosas del abuelo, mi tío se topaba con el probable origen real de la historia del disco, historia que se encomendó indagar.

Medallón y almanaque en mano, se propuso desentrañar el texto encerrado en el intrincado idioma eslovaco. Recurrió a Papá Josef: el viejo, tal vez porque veía su tinglyado descubierto, o porque, checo al fin, estimaba en poco a los eslovacos, no fue de mucha ayuda. Julio ayudó sus propios medianos conocimientos de la lengua con los más amplios de Norbert Pséncik, anciano párroco de Carhuamayo y amigo de mi abuelo. Sin prisa alguna, casi habían terminado la traducción a principios de los años sesenta. El medallón lo conocíamos medio centenar de primos; la traducción y el (para mí) impenetrable original me fueron mostrados solo cuando fui un aprendiz de filosofía

en la Universidad Católica. Lo primero que noté en el original fue el general descuido de la edición, publicada en un papel lamentable. No se consigna el nombre del autor, como dando pie a la impresión —negada por la evidente coloración neoplatónica y sufi del relato— de una tradición anónima popular.

Las palabras Mateo, centón y katholikós figuran en griego, esta última con un error; los latines pude rastrearlos sin gran dificultad al episodio del Diluvio en la Vulgata. Con no poco entusiasmo entré a formar parte de esa incongruente camarilla de traductores. Milan Kundera ha señalado que la literatura checa es única porque en ella son los traductores, no los autores, quienes figuran en primer plano; creo que mi tío, el anciano párroco y yo terminamos por colorear tanto el relato para hacerlo parecerse al medallón y a la versión de Papá Josef que, en términos de Kundera, quedamos relegados al plano secundario de la invención.

Con todo, no estamos seguros de entender los varios y curiosos reflejos que se dan en el texto. Hay fáciles resonancias conradianas en el relato de la aproximación fluvial al tenebroso Khan, en la subsiguiente huida, y podríamos creer que en el nombre del rey de Mazovia; pero Joseph Conrad fue en realidad cierto Nalecz Korzeniowski que cuando niño vio morir a sus padres polacos exiliados en la tundra siberiana, no lejos del territorio de las Russalkas. ¿Estaba el autor de *El corazón de las tinieblas* recreando fragmentos de una vieja leyenda eslava, y no solo sus aventuras en el Congo Belga? Otra muestra: el episodio de la matanza de los niños enviados para apaciguar a un enemigo cruel, remeda o reproduce al oriente del Bósforo las formas de la occidental y desdichada Cruzada de los Niños, con la que coincidiría con exactitud en el tiempo. No es difícil que el sultán enviara cuatrocientos cincuenta emisarios a la muerte, pero no hemos podido establecer si se trata de una simetría histórica o de un episodio novelado por la imaginación de un complejo autor.

Así sucede con la mayor parte de lo narrado en *El Porquerizo*: por un lado se incurre en gruesos anacronismos (de origen probablemente intencional, pues no concuerdan con el general cuidado del relato); por el otro, la narración es lo bastante posible para ser lo que pretende; pero tal vez es demasiado colorida. No falta una frase de Hamlet, pero ¿cómo establecer el precedente? ¿Acaso no curioseó Shakespeare en la *Cronica Danica* de Saxo Grammaticus, en alguna de las cien *Histories* tragiques de Belleforest que habla de «quelle ruse Amleth»? El mundo, en efecto, resulta ser una cárcel de arquetipos; el escritor, un prisionero de frases ya usadas. De cualquier manera, yo creo que esta, la historia de la larga vida de un viejo pastor eslavo que ha visto mucho mundo, dictada a un scriptor latino en la casa de Conrado de Mazovia en Legnica, a principios del siglo XIII, es más probablemente un vistoso embuste.

Con mejores razones que las mías así lo sostiene Mirko Lauer, quien ha tenido acceso reciente a una fotocopia del original. Afirma que no puede tratarse de un relato muy antiguo. Con precisión característica lo remonta «...a alguno de los autores de la

Staré Generace, aquellos forjadores del renacimiento nacionalista checo de la primera mitad del siglo XIX; quizá el eslovaco Jan Kollár o más probablemente el historiógrafo Frantisek Palacky, que en su juventud pasaba por folclorista. Jungmann, ni hablar: era germanófilo». Admito como definitiva esta opinión erudita, pero no quiero terminar sin proponer mi propio argumento; a falta de mayores conocimientos de literatura checa lo apoyo en una tenue conjetura de orden cartográfico.

No es difícil ceder a la invitación del relato a seguir los recorridos de Matej Procházka con un lápiz a través de un atlas; el personaje mismo lo hace al final, supuestamente sobre un mapa de Estrabón. (Los epígrafes y el mapa añadidos por mí a la presente versión no apuntan a otra cosa). Pero el sorprendente detalle del dibujo resultante requiere una cartografía más precisa, más actual y apegada a la realidad geográfica que los irregulares trazos que un griego contemporáneo de Cristo copiaba o inventaba; una precisión inaccesible también, por cierto, en la biblioteca (?) de un rey polaco del siglo XIII (o en esa visión alucinatoria que atribuye a una Diosa palabras demasiado presocráticas). El emblema de la Eternidad al que aluden las líneas finales del relato solo aparece sin distorsiones —con el público Ararat en el lugar preciso— en un mapa posterior a Mercator.

A menos, claro está, que admitamos que la Geografía, como la ciencia en su conjunto, consista apenas en una cita mal hecha: tan solo un rudo, vano intento de los hombres de copiar lo inteligible sobre el mundo.

(1991)

(De *Un único desierto*. Lima: Australis, 1997)